

LORAND ORBÓK

Rayo de sol

Ediciones Insula
BARCELONA

Rayo de Sol

Cuadro de la guerra en un acto y en prosa
original de LORAND ORBÓK
traducido por FRANCISCO DE VIU



Ediciones ÍNSULA
BARCELONA — 1918

TALLERES GRAFICOS DE LAS EDICIONES INSULA
SANTA TERESA, 9 :-: GRACIA - BARCELONA

Estas líneas — una lágrima de emoción y de gratitud, — son de un hombre que ha probado los sufrimientos de la cautividad y la amargura de la separación de todos los que amaba.

No le achaquéis falta de sinceridad, porque haya buscado una forma artística de expresar su reconocimiento.

No tiene la pretensión este cuadro de la guerra de un homenaje a un Rey, pero sí una acción de gracias al que fué para mí, y para muchos de mis camaradas de cautiverio, el símbolo grandioso de los sentimientos de humanidad, hidalguía y bondad de este pueblo español, al que dedico esta humilde expresión de mi alma agradecida.

EL AUTOR.

PERSONAJES

MARÍA . . . . . — 60 años. Vestida con ropas harapientas, entre cuyos pliegues se ven briznas de paja.

UNA MUJER . . — Muy anciana. Vestida lo mismo que María.

FRANCISCO . . — Viejo. Vestido de labrador, sin gran pulcritud. Cabellos blancos, algo encorvado, ojos de mirar abatido y triste.

PEDRO. . . . . . — Labrador rico, alto, delgado, con bigote y barba negros y bien cuidados.

ESTEBAN. . . . — Soldado húngaro, joven, manco del brazo derecho. Viste uniforme militar.

SAMUEL. . . . . — Comerciante, hebreo, de unos 50 años. Barba negra. Tocado con un caftan negro.

VIOLINISTA 1.° — Viejecito y menudo.

UN LABRADOR — Vestido igual que Pedro.

CARTERO . . . — Viejo, pequeño y jorobado. Parecido a un enano de los cuentos de hadas.

UN RUSO. . . . — Soldado jóven; viste uniforme.

TZIGANES . . . — Violinista 2.° (viejo y cojo).
Una vieja (pobrementa vestida).

La acción en una aldea de los Cárpatos, en 1916.

ACTO UNICO

(Interior de un mesón. En el foro, a la izquierda, puerta que da entrada al interior; en el centro, una gran ventana da al campo en la que sólo tres de sus cristales están intactos; los demás huecos aparecen tapados con papeles. Lateral derecha, puerta de entrada. Lateral izquierda, un viejo vasar, botellas y barriles pequeños. El estuco de las paredes de toda la habitación está destrozado, dejando al descubierto trozos de ladrillo. En varios sitios se ven agujeros hechos por los proyectiles de los cañones, que han sido tapados con paja. Las vigas del techo están al descubierto. En las paredes hay pegados cartelones sucios y bandos de las autoridades. El mobiliario se reduce a dos mesas de pino sin pulir y cuatro bancos. A través de la ventana se ve caer la nieve. Al levantarse el telón, la orquesta de tziganes compuesta del primer violín, un viejecito, menudo; el segundo violín, hombre de mediana edad, cojo y de una mujer vieja que lleva el contrabajo, toca monótono, somnoliento y débil.)

ESCENA PRIMERA

Francisco, Samuel, una *Mujer* y los *Tziganes*

FRANCISCO

(Viejo maestro, vestido sin gran pulcritud. Con los codos sobre la mesa, apoya la cabeza entre las manos)

¿Has puesto cuerdas de hilo en tu violín? ¡Toca con más ánimos, hombre! ¡Fuerte; vivo! ¡Qüe resuene en toda la casa... como antes!...

VIOLÍN 1.º

¡Antes!... Aquellos eran otros tiempos que acaso no vüelva yo a ver... Ahora me parece que tengo plomo en los brazos... Siento miedo. Sí: tengo miedo qüe nos oigan los que están dürmiendo ahí, bajo la tierra. Todos los Cárpatos son ün cementerio.

FRANCISCO

Déjalos qüe escuchen. Sí, sí, qüe escüchen... Quizá revivan süs corazones. Toca füerte, qüe sepan qüe porqüe ellos düermen allí, bajo la nieve, estamos aqüí otra vez sobre nuestra tierra. Qüe resuene la posada como tantas veces, cuando entonábamos

nuestras canciones húngaras. ¡Música! ¡Sí, mucha música; que vibre, que cruja todo! (Los tziganes entonan una canción húngara. Francisco la escucha triste y abatido)

SAMUEL
(Asomándose a la puerta del foro)

¡Bah!... Lo de todos los días. (Se retira)

UNA MUJER
(Entrando por la derecha, con una botella en la mano)

Buenos días. (Francisco no le contesta; los músicos tocan desesperadamente) Buenos días.

SAMUEL (Entrando)

Buenos días. ¿Qué nos traes vecina?

UNA MUJER

¿Traer dices? A buscar vengo, y por eso acudo tan temprano, porque si se descuida una un poco no encuentra nada. (Suplicante) ¡Si me vendiera un litro de petróleo!...

SAMUEL

¿Petróleo?... ¡Para mí lo quisiera!...

MUJER

¡Me hace tanta falta!...

SAMUEL

Lo siento mucho, pero no hay.

MUJER

¿Nada?...

SAMUEL

¿Has olvidado que estamos en guerra?,..

FRANCISCO
(Que sigue ensimismado con los ojos cerrados)

¡Fuerte!... ¡Más fuerte, malditos!...

MUJER

(Bajo a Samuel)

¿Siempre está aquí, verdad? ¡Pobre!... ¡Tres hijos en un año!... (Santiguándose) ¡Que el buen Dios le perdone!... (Saliendo) ¡Oh, la guerra!... ¡Sin luz, sin lumbre!... (Los músicos tocan ya débilmente. Se oye a lo lejos el estampido de los cañones)

SAMUEL

(Mirando por la ventana)

Mucho tardaban hoy en comenzar... Ayer su estampido hacía temblar los cristales; hoy ya están más lejos los cañones...

FRANCISCO

Ya los van echando de Hungría; la montaña ya es nuestra; mañana no llegará a nosotros el ruido de la pelea. (Se oyen los cascabeles de un trineo)

ESCENA 2.ª

Los mismos. *Pedro* y *Esteban*, que entran por la derecha sacudiendo nieve de sus abrigos

PEDRO

Buenos días.

ESTEBAN

Buenos días.

SAMUEL

Buenos días. ¿Qué veo? No me equivoco... Sí: eres Esteban Palfi.

PEDRO

Estaba en el hospital de Silas. Yo mismo he ido a buscarle con mi trineo.

SAMUEL

¿Has venido con permiso?... ¿Cuándo debes volver al frente?...

ESTEBAN
(Mostrándole la falta del brazo derecho)

¿Pero no te has fijado?... Nunca más... Ya solo sirvo para conducir el arado con la mano izquierda. (Francisco le mira. Alargando el brazo izquierdo) ¡Hola, maestro!...

FRANCISCO

Has vuelto...

ESTEBAN

¡Sí, he vuelto!... ¿Pocos vuelven, verdad?... Sano, ninguno...

PEDRO (A Samuel)

Una botella de aguardiente; del más viejo que tengas en la bodega.

FRANCISCO

Tú has vuelto... Has podido volver... (Samuel ha traído la botella y los vasos)

PEDRO

¡A vuestra salud!... (Todos beben. Francisco también, pero sin apartar la vista de Esteban. Pedro vuelve a llenar los vasos; tiene gran interés en emborrachar a Esteban cuanto antes)

FRANCISCO
(Palpando a Esteban como para convencerse de que está allí)

Tú sí has vuelto... Cogiéndole el brazo izquierdo. Aun te queda un brazo para labrar la tierra y acariciarla... (Esteban bebe más)

PEDRO

Dos brazos podría tener si quisiera.

ESTEBAN

¿Dos?

PEDRO

Sí, hombre. los venden en Budapest. ¡Si vieras qué bien hechos están; tienen mano, dedos... hasta cigarrillos podrías liar!

ESTEBAN

¿Es posible?

PEDRO

Por trescientas coronas puedes comprarte uno. (Vuelve a llenar los vasos)

VIOLIN 1.º
(A Francisco, que no deja de mirar a Esteban)

Maestro, ¿podemos retirarnos?... (Francisco le da una moneda de cinco coronas. Los tziganes se van)

ESTEBAN

Parece que las cosas van bien, maestro: vino, tziganes, música. ¿Tendréis buenas noticias del frente?

FRANCISCO

De allí no puedo esperar ya noticia alguna... El buen Dios no ha permitido que me quedara uno solo de los seis brazos que allí tenía...

ESTEBAN

¿Han muerto vuestros tres hijos?...

FRANCISCO

Los tres.

ESTEBAN

¿Y tenéis humor de música y de vino?...

FRANCISCO
(Después de un corto silencio)

Al declararse la guerra se me llevaron los tres hijos... Pensé marcharme con ellos; pero era preciso que alguien cuidara del ganado y de la tierra, para cuando volvieran... ¡Volver!... Creí que con todos mis hijos daba suficiente. Cuando murió el primero, dije: ha muerto por la patria; hermosa muerte... Luego murió el segundo en el hospital de sangre. Después... (Sollozando amargamente) después me dijeron la muerte del tercero. ¡El más pequeño!... ¡Un niño!... Desde entonces no he podido conciliar el sueño; mis ojos no quieren cerrarse... Por las noches oigo claramente su voz que me dice: «Padre... padre... ¿no ves ese ruso gigante cómo avanza hacia mí con su

bayoneta? Me hiere en el pecho... ¡Padre, pára el golpe, páralo!» ¿Comprendes ahora por qué qüiero qüe los tziganes toquen hasta romper las cuerdas de sús violines? Para no oir sú voz qüe me persigüe, que me oprime el corazón... (Pausa) Aúnqüe mi cabeza blanqüea, mis brazos son fuertes todavía... Hice mal en no ir con ellos... Ahora los pobres descansan, pero yo no podré dormir nunca, no descansaré jamás... (Solloza)

PEDRO

¿No servía en tu regimiento Jüan Daczó?...

ESTEBAN

Sí; en el 51.

PEDRO

Tú le viste caer müerto, ¿verdad?

ESTEBAN

¿Yo?... Oí decir qüe le habían hecho prisionero.

PEDRO

Es lástima qüe tú no lo vieras. El qüe püeda afirmar qüe vió morir a Juan Daczó, se ganará trescientas coronas.

ESTEBAN

Pües yo no lo vi.

PEDRO
(Llenando los vasos)

¡Qué brazo artificial podrías comprarte con ese dinero! (Esteban intenta liar un cigarrillo) ¡Qué bien podrías liar entonces tús cigarrillos!...

ESTEBAN

Sí qüe lo siento, pero yo no le vi caer en el campo de batalla.

PEDRO

Es muy extraño, porqüe füeron müchos los qüe le vieron caer; en el Hospital de Silas me lo dijeron... Ahora tendré qüe volver allí, con este maldito frío;

necesito la declaración de uno de los que le vieron morir... ¡Lástima que no puedas testificarlo tú!... Hubiera preferido que fuera para tí ese dinero que ahora se llevará cualquiera... (Vuelve a llenar los vasos. En voz baja a Esteban) Vén... vén...

ESTEBAN
(Que se levanta tambaleándose)

¿Qué quieres?...

PEDRO

Vamos. (Entra en el interior con Esteban. Samuel cierra la puerta)

ESCENA 3.ª

Francisco, Samuel, un *labrador* y un *ruso*

LABRADOR (Entrando)

Buenos días. (El ruso saluda militarmente)

SAMUEL

Buenos días, Miguel.

LABRADOR

Dos vasos de aguardiente.

SAMUEL

¿No sabes que está prohibido vender aguardiente a los prisioneros rusos?

LABRADOR

Con este frío de dos mil diablos y después de una marcha en trineo, es necesario el aguardiente. No hagas caso de la prohibición y tráete unas copas para que entremos en calor.

SAMUEL

Para tí sí, pero para el ruso...

LABRADOR

¿Quieres que le deje en el trineo mientras yo bebo,

o qüe ahora no le invite? ¡Pobre hombre! No es ningüna bestia...

SAMUEL

Bueno... Con tal que la policía no se entere... (Sirve dos copas)

ESCENA 4.ª

Los mismos y *María*

MARIA (Entrando)

Büenos días nos dé Dios.

SAMUEL

Así sea.

LABRADOR

Büenos días.

MARIA
(Mirando al ruso)

¡Malditos... malditos!... Así eran los qüe incendiaron mi casa...

SAMUEL

¿Qüe hay vecina?...

MARIA

Anoche, desde mi ventana, vi cómo el cartero os entregaba algo. No he podido cerrar los ojos en toda la noche pensando que qüizá supierais algo de mi hijo.

SAMUEL

¿Qüé qüeréis qüe sepa yo?...

MARIA

Como me escribísteis aqüella carta... pensé qüe acaso os hubieran contestado.

SAMUEL

Yo firmé con vüestros nombres, así es qüe de llegar algüna respuesta, no vendría dirigida a mí;

pero, no esperéis una contestación que no habrá de llegar nunca.

LABRADOR

¿A quién escribísteis?

SAMUEL

Nada menos que al rey de España. (Ríe)

MARIA

Sí señor, al rey de España, preguntándole si mi hijo vive aún. Me dijeron que los periódicos cuentan que el rey de España es el Padrecito de los heridos y de los prisioneros.

SAMUEL

¿Eh, qué te parece la idea? ¡Escribir nada menos que a un rey!... Lo mismo pudimos escribir a Dios. Ya os dije que era una tontería, y os lo repito. ¿Cómo queréis que vaya una carta de aquí a España? Un gran comerciante amigo mío, me dijo que había escrito más de treinta veces pidiendo unas cajas de naranjas y que nunca le habían contestado. Estamos encerrados por todas partes; por mar y por tierra. ¿Cómo queréis que haya recibido esa carta el rey de España? ¡Imposible!...

LABRADOR

Adiós; nos vamos; no vayamos a encontrar helado al caballo.

MARIA

(Sacando de un nudo de su pañuelo una moneda que entrega a Samuel)

Dadle a este pobre diablo dos cigarros de a diez. (Samuel se los da al ruso. Este sonríe complacido)

LABRADOR

Hasta más ver. El ruso saluda militarmente. Salen los dos.

ESCENA 5.ª

María, Samuel, Francisco

MARIA

¡Malditos!... Pero... ¡quién sabe si mi pobre hijo estará prisionero como él! (Pausa) Decidme la verdad. ¿Creéis de veras que la carta no habrá llegado?...

SAMUEL

Estoy seguro. ¿Cómo queréis que haya llegado?

FRANCISCO

Si has escrito al rey de España, tén por seguro que la ha recibido.

MARIA (Con alegría)

¿Verdad que sí?

SAMUEL (Con ironía)

Antes recibiré yo una carta del Papa, y no le he escrito.

FRANCISCO

¿Qué sabes tú, descendiente de Judas? El nombre del rey de España en estos tiempos significa algo que tú no puedes comprender y que está por encima de todo. Si su nombre está escrito en el sobre de una carta, esta carta no hay nadie capaz de detenerla y no necesita ir escondida en la carbonera de ningún buque... ni hay cuidado que dé rodeo por América... Pasará por las mismas trincheras enemigas, como un rayo de sol que no pueden detener todos los odios de la tierra... Porque es un rayo de esperanza y a los rayos no los detienen ni las armas ni los rencores... ni nada... (Samuel ríe con ironía) Pero ¡qué sabes tú de esto, judío!

MARIA

¿Verdad que habrá recibido esta carta? Díme, ¿ese país que se llama España, está muy lejos de aquí? Nunca oí hablar de ella hasta ahora.

FRANCISCO

Mûy lejos... hay qûe llegar a Francia, atravesarla después del Sûr al Norte... despûés Norûega... lûego la Argentina.

MARIA

Entonces no ha habido tiempo para la respuesta.

SAMUEL

¿Pero tú crees que ûn rey no tiene otra cosa qûe hacer qûe mantener correspondencia con los mendigos?

MARIA

Mirad mejor lo qûe habláis. Mi casa se halla en rûinas, es cierto; yo vivo en los sótanos; mi pobre tierra está llena de yerba porqûe ya hace dos años qûe mi pobre hijo no la puede cultivar, pero yo no soy ûna mendiga. Es mía la casa, mío el huerto, mía la tierra, la dulce tierra qûe labraron mis padres, mis abûelos... Todo me pertenece, aûnque esté en ruinas.

SAMUEL

Bûeno, bueno, pero esto nada tiene que ver para que comprendas que ûn rey tiene ocûpaciones de mayor importancia qûe la de mantener correspondencia contigo.

FRANCISCO

No sabes nada de nada, hebreo. No sabes que la tierra de ese Rey es ûn país maravillosamente hermoso, donde lûce el sol todo el año y todos los días parecen de fiesta. Por eso sus hombres son bûenos y su Rey es bûeno. El hombre es como una máquina, qûe cûanto más trabaja para procurarse oro, más se desgasta, sobre todo el corazón... Para qûe lo sepas, en aqûel país hay un oro mejor qûe el oro: es el corazón de sus habitantes y de todos ellos el de sû Rey es el más grande y el más pûro... Por eso cuando estalló la gûerra, el Rey mando gûardar en sû palacio todas las armas qûe había en el país...

cerró las puertas y guardó la llave... Hizo que fregasen con jabón y arena cuidadosamente uno de sus más espléndidos salones... ¿sabes por qué?... para reunir en él, terminada la guerra, a nuestro rey Carlos, al Emperador de Alemania, al rey de Inglaterra y a todos los soberanas de la tierra, y decirles: Ahora, basta ya: ¡Abrazaros!

SAMUEL (Sonríe burlonamente y se va)

MARIA

¿Entonces creéis que me escribirá? Quiero saber la verdad de mi pobre Juan. No me quedan fuerzas para resistir más. Y el otro me martiriza día y noche y tendré que sucumbir a su ambición.

FRANCISCO

¿Quién os martiriza?

MARIA

Mi vecino Pedro. Quiere mi tierra, se ha empeñado en que he de cederle mi tierra.

FRANCISCO

¡No la vendáis nunca! La tierra que nos legaron nuestros mayores, la que ellos trabajaron y acariciaron con amor, aquella en que pusimos toda nuestra vida y nuestros sueños no se vende nunca.

MARIA

¿Verdad que no? Pero me atormenta tanto... El quiere unirla con la suya... Yo soy una pobre vieja y como no puedo trabajarla apenas tengo para vivir. Mientras he sabido que mi hijo vivía, he rechazado siempre sus pretensiones... Pero ahora, hace seis meses que no sé nada de él... Casi no tengo que comer.

FRANCISCO

Sí, es la guerra, maldita guerra... Yo también esperaba con ansia noticias todos los días, todos los minutos... Cuando llegó la carta del Capitán...

MARIA

Yo también recibí una carta del Capitán; me escribió diciéndome que mi hijo había desaparecido. Desde entonces el miserable de Pedro no me deja en paz: «Vuestro hijo no volverá jamás. Sé que una granada lo ha destrozado... Está muerto...» Bien sabe él que mientras viva mi hijo, primero me dejaré descuartizar que vender un solo palmo de mi tierra. ¡Qué diría él cuando volviera!

FRANCISCO

Yo en cambio sí puedo vender mi huerto; los dos sabemos que no ha de volver ninguno de mis hijos. ¡Oh la guerra!...

MARIA

¡Horrible!... Cuando vinieron los cosacos, asaltaron mi casa, mataron mis gallinas con sus bayonetas, mis cerdos, mi vaca; después se abalanzaron sobre mí y me pidieron dinero, yo les di todo el que tenía, pero aún levantaron todos los ladrillos de las habitaciones creyendo que debajo de ellos encontrarían más. Después, llenos de rabia, incendiaron la casa; acamparon en el patio, hicieron lumbre con las ramas de mis hermosos perales... ¡Horrible! Creí que el buen Dios me había abandonado... Huí de allí y empecé a correr hasta que caí desfallecida... Cuando volví en mí, me di cuenta de que me hallaba en mi propio campo y apreté todo lo que pude mi corazón contra la tierra helada y extendí mis brazos y se crisparon mis manos y hundiendo los dedos por entre la nieve, sentí la sensación de que abrazaba todo mi campo... ¡Mis campos y mi tierra aun eran míos! No se los pudieron llevar los rusos; no los habían podido quemar... ¡Sí, sí... mis campos, mis huertos, mi tierra eran míos aún! Lloré mucho y mis lágrimas regaron los benditos terruños que no me cansaba de acariciar. (Pausa) ¡Miserable y quiere que yo se los venda!

FRANCISCO

¿Ahora quiere comprarlos?

MARIA

Ya quiso comprarlos antes. Cuando aun estaba mi hijo, se atrevió un día a arar un buen pedazo de nuestro campo. Juan le obligó por la fuerza a que lo dejara. Ahora le quiere a toda costa. Dice que me lo pagará a buen precio; ¿para qué lo quiero si mi Juan no ha de volver? ¡Miserable! Tentada he estado muchas veces de vendérselo por no oírle repetir que mi hijo no volverá. (Francisco se ha quedado dormido)

ESCENA 6.ª

Los mismos, *Pedro* y *Esteban*

PEDRO

Te repito que tienen un mecanismo admirable. Buenos dias, señora Daczó.

MARÍA

Buenos días.

PEDRO

¡Mirad quién ha vuelto! Esteban Pálfi...

ESTEBAN
(Completamente borracho)

Buenos días...

MARÍA
(Mirando el número del cuello de la guerrera)

¿Eres del 51?... ¡Del Regimiento de mi hijo!... Díme... ¿has visto a mi hijo?... ¿Sabes de él?...

ESTEBAN

¿Vuestro hijo?... Juan... ha muerto.

MARÍA

¡Buen Dios!... ¿Le viste morir tú?...

ESTEBAN
(Con los ojos bajos)

Sí... lo ví... Cayó delante de mí...

MARÍA

¡Murió!...

PEDRO

Lo veis, vecina... Hace seis meses que os lo estoy diciendo y no lo queréis creer...

MARÍA

¡Murió!...

PEDRO

¿Veis cómo era verdad? Y ahora, el campo sin cultivar; perdido la mitad de su valor... Entonces lo hubiera pagado a buen precio, pero ahora, naturalmente, ya no vale gran cosa... Los tiempos están cada vez peores; el dinero más caro... pero, en fin, de todas maneras por ayudaros a salir de vuestra triste situación... para demostrar mi amistad... os daré... os daré, la mitad de lo que os costó... Con ese dinero podréis pasarlo bien, en vez de vivir como una mendiga en el sótano, pasando hambre, y... hasta podréis permitiros *el lujo* de encargar misas por vuestro pobre muerto...

MARÍA

¡Murió!...

PEDRO

¿Qué?... ¿Os conviene? Si queréis, podemos arreglar el contrato en seguida; voy a ver al notario y sólo tendréis que poner vuestra firma... ¿Qué? ¿Estáis conforme?...

MARÍA

¡Murió!...

PEDRO

¡Anda; acompáñame, Esteban, a casa del notario!... Esperadme aquí... Volveremos en seguida. (Salen Pedro y Esteban).

ESCENA 7.ª

María, Francisco, Samuel y el *Cartero*

MARÍA
(Llamando a Francisco que duerme)

¡Maestro!... ¿Habéis oído?... Dice que mi hijo... (Arrodillándose) ¡Büen Dios! ¡Virgen Santa! ¡Qüe mienta el villano!... ¡Que mi hijo no haya muerto! ¡Hijo mío!... ¡Mi tierra, mi campo!... ¡Un milagro!...

CARTERO (Entrando)

Büenos días. (Llega hasta la puerta del interior) Büenos días.

SAMUEL (Saliendo)

Büenos días. (Coge la carta que le dá el cartero, la abre y la lee) Está bien; por fin, volveremos a tener petróleo.

CARTERO
(Mirando a María que solloza sentada en el suelo)
(Á Samuel)

¿Qüé? ¿Es que ha empinado el codo?...

SAMUEL
(Tocando en el hombro a María)

¿Qué tienes? (María le mira aturdida)

CARTERO

¡Ah! ¿Sois vos, señora Daczó? Así me ahorro atravesar tanta nieve para llegar a vüestro sótano. (Le dá una carta)

SAMUEL

Trae; yo la leeré... (Estupefacto) ¡Oid!... ¡Oid!... (Leyendo) «En nombre de S. M. D. Alfonso XIII, Rey de España...

MARÍA

¿Qüé?... ¿Qué decís?...

SAMUEL

(Volviendo a leer)

«En nombre de S. M. D. Alfonso XIII, Rey de España»... (Se descubre. El Cartero le imita)

MARÍA

¿El Rey?... ¿A mí?... ¿Me escribe a mí?... ¿A mí?...

SAMUEL

«Tengo el honor» Oid:... «Tengo el honor»...

MARÍA

¡Pronto! ¡Seguid!...

SAMUEL

«Tengo el honor de poner en conocimiento de la señora viuda de D. Pedro Daczó, que su hijo, el cabo del Regimiento de infantería n.º 51, Juan Daczó, se halla prisionero en Rusia, en el campo de concentración de Kilia, n.º 23, siendo su estado de salud inmejorable.

MARÍA

¿Qué?... ¡Repetidlo!... ¡Repetidlo!... Dice que mi hijo... mi hijo...

SAMUEL

Sí... Que vive y está sano.

MARIA

¡Hijo mío!... ¡Hijo de mi alma!... ¡Enseñadme la carta!... ¿Aquí lo dice?... ¡El Rey de España! (Besando la carta) ¡Oh, Rey generoso, que el buen Dios os conceda todas las dichas posibles; que vuestros hijos sean fuertes y buenos; que vuestro país tenga las más hermosas cosechas y la bendición de Dios!... ¡Vive; vive mi hijo, Samuel!...

ESCENA ULTIMA

Los mismos, *Pedro* y *Esteban*

PEDRO

Ya está aquí el contrato... Sólo falta vuestra firma. También traigo el dinero. (María coje el contrato que rompe y le arroja a la cara) ¿Qué hacéis?... ¡Hay un sello que vale cinco coronas!...

MARIA

Ahí tenéis vuestro contrato. (Acercándose a Pedro con aire amenazador) ¡Ya no os tengo miedo; ya no me martirizaréis!... ¡Ya no estoy sola!...

PEDRO

¿Qué?

MARIA

¡Ya tengo quien me defienda! Mi hijo, que volverá.

PEDRO

Y vuelta con la locura... Vuestro hijo está muerto. Esteban le vió morir.

MARIA

Esteban ha mentido.

PEDRO

¿Oyes, Esteban?... (Esteban baja los ojos) ¿Y tú toleras que te llame embustero esa mujer?...

ESTEBAN

(Sacando del bolsillo tres billetes de cien coronas)

Tomad... Ya no estoy borracho. Tomad ese dinero de Judas... Ya aprenderé a liar los cigarrillos con la mano izquierda; no quiero nada a vil precio.

PEDRO

¿Pero si en el Hospital me dijeron todos los heridos que Juan Daczó habia muerto?

MARIA

¡Mentís!... Mi hijo vive y, estad alerta, que volverá. Voy a ver mi tierra... ¡Mi tierra! (Sale)

PEDRO

Pero ¿qüé diablo ha pasado?

SAMUEL

Que acaba de saber que sü hijo vive.

PEDRO

¿Qüién se lo ha dicho?

SAMUEL

El Rey de España, gracias a mi intervención. (Dándose importancia) El rey de España, qüe *nos* ha escrito.

PEDRO

¿El Rey de España?...

FRANCISCO

(Qne ha estado durmiendo, se despierta y mira hacia la ventana, por la que entra, en aquel momento, un rayo de sol)

¡El sol!... Despüés de tanto tiempo de niebla, nieve y obscüridad y tristeza, un rayo de sol. ¡Un rayo de sol!...

TELÓN